

Más allá de una simple rivalidad

Brandon Puga no dejaba entrar a nadie en su vida. Prefería la conversación rica con sus libros, y, de vez en cuando, abría la ventana de Internet, para echar un vistazo al mundo, en busca de algún caso que le permitiese pagar parte de su vida, por ese mes. Su fama no radicaba en su trabajo oficial, porque como detective privado, no era nada especial; tampoco radicaba en su estilo de vida huraño. Más bien, se cimentaba en sus éxitos como “detective asesor”, título sacado de las viejas historias de “Sherlock Holmes”, para coronarlo con propiedad. Su especialidad, fuera del ámbito clásico, era cazar psicópatas, ni más, ni menos; pero, no de los comunes y corrientes, sino, de los verdaderos “agentes del caos”, de los que acumulan y administran con soberbia efectividad, todos los trastornos y crueldades del mundo, en sus propias cabezas. No solo atraía la admiración de los adultos, muchos de los cuales imitaban su estilo de vida, sino, de los niños, los cuales inventaban juegos con las historias de sus cacerías, y hasta se llegó a producir una serie animada con las aventuras del personaje, una mezcla entre el verdadero Puga (del cuál poco y nada se sabía), y el personaje estrella de Sir Arthur Conan Doyle.

A Puga, todo eso le parecía ridículo; no ostentaba los honores que el pueblo le prodigaba, ni tampoco usufructuaba

con su imagen. Hubo quien lo comparó con “Carlos Castaneda”, asociando al detective una suerte de halo misterioso y sobrenatural, cosa que a Puga, literalmente, le partió el orto de la indignación, dado que siempre consideró a Castaneda un charlatán de tomo y lomo.

“El bombero endemoniado” hizo su estreno hace apenas una semana, volando el piso de comidas de un céntrico mall. Antes de eso, una voz distorsionada se identificó como el “enviado de Satanás”, comunicó a la policía que a dicho edificio le sobraba un piso, y que esa misma tarde, aquello se iba a remediar, con la salvación de esas almas impías, desde el corazón mismo de una biblia “Reina Valera”. La policía no creyó en esa llamada, catalogada como una de cientos de pitanzas, y cinco horas después, tuvo que aceptar el equívoco, mientras recogían las pocas partes que lograron encontrar, en un radio de hasta quinientos metros a la redonda.

Convocado por la policía, Puga se presentó en la escena del crimen, aunque no había mucho que rescatar. En el Servicio de Investigaciones Policiales (SIP) de Carabineros de Chile, asistiendo a las pericias funcionarios de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones (PDI) dada la gravedad del hecho, revisaron las cintas de video del centro comercial, buscando a una aguja en un pajar, y creyeron hallarla, en un sujeto que no intentaba ocultar una biblia portada en una mano: de hecho, hacía gala de ella, sosteniéndola desde uno de sus vértices; no obstante, luego de una investigación más detallada de cada fotograma, descubrieron algo que a la policía llenó de confusión, y hasta al mismo asesor: el sospechoso compartía demasiadas semejanzas con el propio Puga, en altura, complexión, peinado e, incluso, rasgos faciales.

¡Brandon Puga no podía ser el “enviado de Satanás”! Pero, las evidencias estaban ahí, con un análisis facial aportando el 98 por ciento de coincidencias.

Apoyado a ultranza por los comisarios de la Brigada de Homicidios de la PDI, acusado sin reparos por los oficiales de la SIP, se produjo una discusión acalorada que culminó en forcejeo; argumentos iban y venían: acusaciones de “conspiración” en contra de Puga, chocaron con la casuística existente de “hombres de la ley” que inventaron sus propios casos, solo para obtener fama y gloria. Viejas rivalidades afloraron en aquella verdadera batalla campal, y dos funcionarios de la PDI, más tres de la SIP, resultaron contusos. ¡Fue un milagro que la trifulca no hubiese terminado a balazos (como antes...)! Todo finalizó con el arresto de Puga, quien no participó del pugilato, no trató de escapar, y en todo momento mostró una envidiable serenidad, mientras comía una barra de chocolate.

La prensa se hizo eco del hecho, de la acusación, y destrozó al héroe de los niños, durante un par de días. Mientras la PDI barajaba teorías acerca de una conspiración, investigando los registros de cada cirujano plástico existente en la ciudad, o incluso, rastreando (en vano) la existencia de algún hermano gemelo perdido, la fiscalía llevó el caso a tribunales, realizando una acusación formal, fijando la fecha del juicio.

Las pruebas parecían innegables, definitivas; el juicio se llevó a cabo en medio del acoso constante de la prensa, que no dejaba de hacer leña hasta de los “chips” del árbol caído. Tras sendas jornadas, la jueza dictaminó sentencia: cadena perpetua para Brandon Puga.

Apenas sellada la sentencia con el martillazo, una bomba voló otro piso de comidas, esta vez, de un megamercado ubicado en el sector oriente de la ciudad.

En esta ocasión, la llamada fue posterior al hecho: el “enviado de Satanás” sentenció que no se librarían tan fácilmente de él, culminando con una risa endemoniada.

Pericias sobre las cintas de video del megamercado, revelaron al autor de la salvajada: ¡Brandon Puga, el mismo que comenzaba a cumplir su pena, rodeado por cinco millones de personas, entre policías, asistentes al juicio, radioescuchas y televidentes!

La tesis de la PDI cobró fuerza inmediata: ¡debía existir una horrible conspiración en contra del héroe nacional, y las víctimas colaterales ya sumaban cientos!

Apenas liberado de todos los cargos, de inmediato, comenzó a trabajar. Junto a él, se organizaron agentes de la SIP y de la PDI, quienes tuvieron que prometer que trabajarían juntos en pos de la resolución del caso, para terminar con todo lo antes posible. Puga los formó en fila, y les hizo prometer que se comportarían como “buenos chicos”, con la señal scout.

Lo primero que había que establecer, era la motivación. Con claridad, dedujo que no podía ser su descrédito, por razones evidentes. Había algo más. Aventuró un posible *modus operandi*, centrado en los lugares con mayor afluencia de público, que no debía centrarse tan solo en los malls; pero, vigilar todos los posibles blancos de la ciudad, era tarea imposible. No tenían nada, la verdad sea dicha. Además, las pericias de rastreo del tipo de explosivo usado, fueron infructuosas, debido a que, en ambos casos, las “zonas cero” fueron pulverizadas, en el entendido literal de la palabra.

Consultado por los agentes, sobre cómo podrían abordar un caso tan complicado, Puga solo atinó a responder: “pensando como si el criminal fuese un verdadero enviado de Satanás”. Algunos sonrieron por el eufemismo, pero el asesor hablaba en serio: el criminal, en efecto, debía ser enviado desde las profundidades del Averno.

Se mandó llamar a una “medium”, sobre la cual existían relatos de clarividencia comprobada. La mujer, sencilla en su vestimenta y forma de expresarse, cayó en un trance ridículo, en medio de la primera zona cero. Con un festival de gestos

fracturando su expresión, explicó los motivos del genocida (“extender el caos, por el caos”); sostuvo que no se encontraba muy lejos de ese lugar, porque por allí encontraba lo que plantaba su debilidad: el gusto por el chocolate. La mujer puso sus ojos en blanco, y tamborileó el aire con sus dedos regordetes, solo porque alguien, hace muchos años, le dijo que con eso lograría más convencimiento. La verdad es que no tenía necesidad de hacerlo. Consiguió risas poco discretas de los policías, y asomaron algunas burlas que la fastidiaron; Puga reflexionaba con seriedad en esas palabras dichas con solemnidad fingida, sumido en un silencio de sepultura. Observó el sitio, que, incluso acordonado, había sido vandalizado por la propia policía. “¡Estúpidos!”, exclamó, y los que lo oyeron, creyeron que le había molestado su actitud frente a la “charlatana”. Para él, el sitio estaba repleto de evidencia tangible: se agachó, y recogió un puñado de polvo ceniza.

—¡Analícelo!—ordenó a uno de los peritos—¡Ya no hay nada qué hacer aquí! ¡Y discúlpense con la dama! ¡La quiero cerca en todo momento!

Se marchó, no sin antes guardar un puñado disimulado del mismo polvo, en el bolsillo de su chaqueta.

Al día siguiente, consciente de que trabajaba contrarreloj, se reunió con los agentes, esta vez, en las dependencias de la PDI. El sitio olía a ducha con tintes sueltos de azahar.

—¿Ya está listo el resultado del análisis?

La respuesta no fue satisfactoria: solo encontraron polvo, y nada más.

—¿Solo polvo?—inquirió, con un tono burlón—. Hice mis propios análisis, y encontré algo más que polvo...

El murmullo generalizado se elevó al instante.

—Hallé un rastro diminuto de uranio 235.

—¡Eso es imposible!—gritaron algunos; otros, sostuvieron que, si fuese así, todos estarían irradiados.

—¡No es así!—interrumpió Puga—: el rastro muestra evidencias de que el material fue degenerado en la misma explosión, usando un acelerador especial, que provocó un exceso de energía, pulverizando todo a su alrededor.

—Pero, ¡el uranio no explota así como así!—intervino un comisario “nerd”—¡Por eso se “enriquece” en plutonio!

—El uranio sí puede explotar—contestó Puga—: recuerde que la bomba de Hiroshima fue hecha de uranio.

—¿Qué clase de elemento químico es capaz de acelerar el uranio de esa manera? ¡Yo soy químico, y ni siquiera sabía que existía algo así!

—No lo sabía, capitán Jorquera, porque no es un elemento químico: fue usada tecnología de punta, encerrada en un paquete, del tamaño de una biblia—replicó, haciendo gala de una seguridad tan envidiable como conocida.

—¿Entonces, qué haremos?

Puga se dirigió a un mapa de la Región Metropolitana que cubría gran parte del muro adyacente.

—En la ciudad, existen solo dos lugares donde este maldito podría conseguir uranio: las centrales nucleares de Lo Prado, y La Reina. En ambos casos, no puede entrar, debido a la seguridad instalada...

—Pero, si no puede entrar, entonces, ¡no tiene cómo conseguir más uranio!—intervino uno de los oficiales de la PDI.

—¡Error!—exclamó Puga—¡Sí puede! ¿Acaso no han notado la ausencia de nuevos atentados? ¿Cuánto tiempo transcurrió, entre el primer atentado, y el segundo?

Algunas voces señalaron el lapso de dos semanas.

—¡Exacto! ¡Lo que duró mi juicio!

—¿Y qué podemos sacar en limpio de todo eso?—preguntó, impaciente, el subprefecto Martínez.

—Antes, otra pregunta: ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde el segundo atentado?

—¡Una semana y media!—contestó el mismo subprefecto.

—¡Muy bien! Eso significa que nos quedan, al menos, tres días para detenerlo...

—Pero, ¿eso es imposible!—saltó una voz anónima vestida de verde—¿Cómo lo atraparemos, si no tenemos nada entre las manos?

—¡Si va al baño, tendrá algo!—replicó el asesor, y todos se largaron a reír—. Fuera de bromas, ¡sí tenemos algo!: “uranio”. La única forma de obtenerlo, es excavando por él, en alguna parte de la región de la Araucanía. Debemos suponer que la mayor parte del tiempo, el maldito se encuentra en esa faena.

Todos enmudecieron ante tal revelación. Antes de que alguien preguntase otra cosa, Puga continuó:

—Es posible que ya no esté por esos lados: me atrevo a sostener que, en este momento, construye su tercer artefacto. Por lo tanto, deberíamos esperar un nuevo atentado.

—¿Y qué sugiere?

—Es simple, subprefecto: revisen todos los registros de compras, a nombre de “Brandon Puga”.

—¿Habla en serio?

—Muy en serio. El tipo es idéntico a mí, eso ya se ha probado. Tiene una manía conmigo... ¡Y lo peor de todo, es que no podemos asegurar que sea el único! Ustedes comprenden, mi “fama” me antecede, y atrae a estos infelices, como el azúcar a las moscas; luego, mi hipótesis acerca de la suplantación de mi identidad, tiene peso por sí misma, y debemos esperar más de lo mismo. Accedan a todas las empresas de transacciones bancarias existentes en la ciudad, y verifiquen cualquier compra a mi nombre. Mientras, yo estaré aquí... ¿Qué están esperando?

Peritos informáticos de ambas policías fueron instalados en las empresas dedicadas a procesar las transacciones bancarias. Se encontraron muchos falsos positivos, que tuvieron que ser refutados por el propio Puga. La

investigación pudo concentrarse sobre compras hechas en tiendas de electrónica, metalurgia y cosméticos; no obstante, las pistas se perdían a través de los numerosos “puntos ciegos” de las cámaras viales.

Al día siguiente, uno de ellos encontró una pista “fresca”, y convocó a una reunión de emergencia.

—El sujeto “Brandon Puga” compró chocolate en una tienda ubicada en el Paseo Ahumada, hoy al mediodía...

Todos los presentes se largaron a reír antes de que el perito terminase su exposición, y lo llenaron de insultos sobrecargados con testosterona. Puga, por el contrario, se sobó las manos.

—¡El criminal es estúpido!—señaló, acallando las burlas malintencionadas—. Revisen las cámaras de seguridad del sector. ¡Lo hallaremos muy cerca de la zona cero inicial!

Dicho y hecho: las cámaras de seguridad lograron capturar la ruta del sujeto, hasta un edificio viejo, ubicado a cinco cuadras del primer atentado.

Un piquete policial, conformado por Fuerzas Especiales de Carabineros y por agentes especiales de la PDI, acordonaron un radio de tres cuadras alrededor del edificio. Puga insistió en que debía acompañar a las fuerzas policiales de élite, en la captura del homicida, y nadie trató de detenerlo.

Revisaron cada piso del edificio; en cada departamento, Puga obligó a que los residentes fuesen evacuados, por su propia seguridad. Él conocía la peligrosidad del sujeto a quien perseguía; sentía una conexión especial con el asesino, quizá, porque ya los comprendía, tras atraparlos en reiteradas ocasiones.

—¡El sujeto debe estar en este piso!—declaró a los agentes.

—¿Por qué está tan seguro de eso?—le preguntó un sujeto enmascarado.

—Porque, en la primera llamada, dijo que al mall le sobraba un piso... ¡Observe por la ventana!

Rodearon el pasillo en cuestión. Como existían tres departamentos que coincidían con la vista mencionada, coordinaron el ataque.

Puga tuvo que echar mano a las probabilidades, y elegir la puerta “ganadora” para él mismo. Si su intuición no fallaba, el asesino debía encontrarse en la habitación que colindara con la escalera de emergencia. Echando un vistazo al edificio antes de entrar con el piquete policial, detectó el departamento objetivo, y dedujo que, si el asesino es quién él creía que debía ser, debía encontrarse en ese lugar.

Se encomendó a San Pazguato, y extrajo una pistola láser de juguete. Uno de los policías alcanzó a verla, antes del patadón mancomunado que abrió las tres puertas de una sola vez.

Del departamento elegido por Puga, emergió un destello verde que mandó a dos policías hasta el muro opuesto, con sendos agujeros humeantes en el cuerpo. Los destellos continuaron frenéticos, pulverizando el muro, obligando a los policías a ocultarse, comenzando llamadas desesperadas por radio. Aprovechando la confusión, Puga entró en la habitación, y apuntó su arma hacia el sujeto que ya comenzaba su huida por la escalera de emergencia: tras un nuevo destello, esta vez, blanco como un flash, el sujeto estalló en llamas, y luego, desapareció tras un horrible estruendo. Olor a carne chamuscada fue lo único que quedó de aquél, adentro de la habitación; afuera, sostenido por los fierros oxidados de la escalera de emergencia, quedó su cuerpo completo consumido por fuego azul.

Muchas interrogantes quedaron tras el procedimiento. Una de ellas se repetía: ¿por qué los asesinos, descubiertos por Puga, terminaban achicharrados hasta la médula de los huesos? No quedaba nada para el forense, ni rastros de muestras de ADN dignas de analizar.

Por otro lado, ¿qué era esa curiosa arma láser “de juguete” que Puga portó en el último procedimiento? ¿Acaso, el destello blanco salió de esa arma?

Nadie tuvo respuestas para esas y otras preguntas, como de costumbre. La explicación oficial fue que, el asesino, quien se encontraba preparando un nuevo artefacto explosivo de raro diseño, se impregnó con parte del material, que luego reaccionó a una fuente de calor, alguna clase de ácido, ¡o, incluso, al agua! ¿Era posible que eso fuese lo que lanzara la pistola de Puga, y ésta no se trataba de otra cosa que una pistola de agua, o acondicionada para almacenar y lanzar ácido?

Más preguntas, menos respuestas claras. Había mucho misterio alrededor de Puga, y de la clase de criminales que él rastreaba. Hubo quien mencionó por ahí una “cruzada sobrenatural”, comparando la figura del detective con la de “John Constantine”, el “cazador de demonios”. Quizá, por esa razón, que converge hacia la actitud pasiva de dejar las cosas como están y como son, como si se tratase de un pacto convenido frente a cosas que, si se alteran un poco, pueden desmadrarse, nadie se atrevió a solicitar una investigación sobre la persona del detective. Lo único claro, como siempre, fue la eliminación del criminal, el reconocimiento público, y un acto de agradecimiento, llevado a cabo en su ausencia, como era la costumbre.

* * *

Pasaron tres meses, tiempo durante el cual, Puga solo se dedicó a los típicos casos a los cuales un detective privado chileno puede dedicarse: “personas desaparecidas”, “seguimientos”, e “infidelidades”; no aceptó ser incorporado a ningún caso propuesto por las policías, argumentando que debía descansar del último, que le había provocado un desgaste inusual, tanto en lo físico, como en lo emocional.

Una tarde, pasado el crepúsculo, el ahora detective privado común y corriente entró a su hogar, portando una bolsa de

pan. Encontró la puerta abierta. No salió con su arma de servicio “especial”, y titubeó antes de entrar.

Al encender la luz, se encontró con Brandon Puga, que a diferencia suya, ostentaba cabellos teñidos de rojo, sentado en su sillón, frente a la biblioteca, fumando su tabaco en su pipa personal. Una pistola de “juguete” estaba colocada sobre su mesita de centro; una pistola que no era la suya.

Un suspiro, mas, no un relajo. Decidió dejar la presentación para la visita, presentación que no tardó en surgir.

—¡Tu tabaco es similar al mío!—exclamó el colorín.

—No me extraña. No somos tan distintos... ¿Y ese pelo?

—Un toque.

Puga dejó la bolsa sobre la mesa, sin quitar su atención del colorín.

—¡No soy de los “malos”!—exclamó aquél—. De hecho, soy el que te dio tus juguetes...

—¿Qué juguetes?—inquirió Puga, con su mano a diez centímetros de su arma, oculta por un jarrón tailandés.

—El arma de aceleración celular, el analizador espectral de rango amplio, el secuenciador y catalizador de núcleo beta, el...

—¡Está bien! ¡Está bien! Eres “ese” Brandon. Pero, ¡insisto!: ¿por qué el pelo?

—Ya te dije: un toque.

—¿Y si hubiese andado con mi arma? ¿Qué tal si me pillas luego de haber tenido un mal día?

—¡No pasaría nada!—exclamó, luego de gozar de una buena aspirada de tabaco con esencia de caramelo—. ¡Jamás harías eso, porque no eres como los otros! ¡Y menos ahora!

—Los otros... ¡Claro! ¿Un trago?

El colorín rechazó en silencio. “Debo saltar”, añadió.

—¿Chocolate?

—¡Eso sí! ¡Muchas gracias!—y se sobó las manos con emoción.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Puga, luego de servirse el suyo, sentado frente a Brandon colorín, el que señaló hacia un paquete ubicado junto a la escalera, mientras gozaba su barra como si fuese manjar de dioses.

—Hemos detectado nuevas perturbaciones en la “malla”...

—¿¡Cuándo arreglarán esa bendita “puerta”, por Dios!? ¡Tuve que hacer malabares con el último, porque se hizo notar demasiado!

—¿Su ego era mayor que el de los demás? ¡Interesante!

—¡No veo qué tiene de interesante!

—El doctor Neth, ¿te he hablado de él? No. Bueno, el doctor Neth desarrolló la “hipótesis Maldacena-Neth”, sobre cierto comportamiento de tipo “holográfico” entre...

—¡No quiero escuchar nada! ¡Solo quiero que nos dejen en paz! ¡Que me dejen en paz!

—¡Tranquilo, hombre! Agradece que estoy de tu parte, y agradece, además, que...

—Que vienes de una dimensión “tecnológicamente” superior a la mía. ¡Sí! ¡Te agradezco por el “trabajo extra”!

Comenzaba otra tanda de “agradecimientos”. Se había advertido a sí mismo que evitaría dar el pie para la siguiente ocasión; pero, al parecer, ya estaba empezando a pensar como ellos.

—Y agradece que mi dimensión es “positiva”—continuó, como si lo dijese por primera vez—: ¡que no se te olvide!

—¿Tienes que recordármelo cada vez que vienes?

Brandon colorín frunció el entrecejo: cada vez que se proyectaba a la dimensión neutra, muchas cosas que a él le parecían naturales, no lo eran tanto, ¡y peor!, sentía que mucho de lo que sabía, y de lo que suponía una causalidad específica, en la dimensión neutra, adquiriría vacíos inexplicables para él.

—Por desgracia, sí...

—¿Y por qué no saltan más seguido de dimensiones como la tuya? ¿Por qué diablos tengo que “bancarme” imbéciles que vienen de las otras dimensiones?

—¿Las negativas? Bueno, porque ellos son más proclives al caos. Tu dimensión es neutra, la única en todo el espectro de la “mallá”. Ergo, ellos siempre se sentirán atraídos a tu dimensión. Y como yo fui el que se metió a esa puerta, bueno, ya conoces la historia...

—Una estúpida historia de “atracciones” cuánticas y toda esa mierda: ¡lo había olvidado!

Se dio una sonora palmada en la frente.

—Si no fuese porque nosotros cometimos el error de abrir esa puerta, no estaríamos aquí, ayudándote...

—¡Ayudándome a corregir tus errores!—intervino Puga, vaciando la copa en su garganta, y volviéndola a llenar.

—Agradece que somos “bidimensionales”. Eso nos hace “predecibles”, y te ayuda de sobremanera, ¿no es así? ¡Solo imagina qué hubiese ocurrido con ustedes si, al contrario, esto sucediese con espectros de la “mallá” de dimensiones superiores a la neutra! De plano, no puedo imaginar cómo podrían proyectar sus armas aquí, sin pérdidas apreciables...

Puga sí podía imaginarlo, porque ya recibía tales visitas, a través de la vigilia; solo que allí, no existía una entidad reconocible.

—Para mí—continuó Brandon colorín, ajeno a la introspección del Brandon “neutro”—, ya es novedosa esa intuición de imaginar, tan vacía como la intuición de soñar... A propósito, ¿cuándo me enseñarás eso de “soñar” en tu dimensión? Comprendo que ustedes son capaces de crear réplicas de nuestros sueños, y reproducirlos cuando quieran; pero, ¿“soñar” en tu dimensión? ¡No me cabe en la cabeza! ¡Y eso es admirable!

Puga guardó silencio, con la copa en la mano, meneando la cabeza con gestos impacientes, cansado de la misma “cantinela”: sus esfuerzos porque Brandon colorín

entendiese eso de los “sueños”, eran en vano: cada vez que volvía a su dimensión, la idea se perdía.

Después de tantas visitas, había aprendido qué escuchar con atención, y qué no.

—Muy predecibles serán, pero, en esta ocasión murieron más de doscientas personas...

—¡Sí! ¡En un día, tuvimos una serie de accidentes fatales y defunciones por infartos varios, muy superior a la media! ¡Es una lástima! Te diré que fue un día de locos, para aquellos que no están enterados de “nuestra” relación...

—¡Como si no tuviésemos suficiente con nuestros propios criminales, ahora tengo que lidiar “conmigo mismo”!

—¡No te preocupes, hombre! ¡Pronto pasará!

Puga reflexionó en la cantidad de muertos que dejaron las bombas de Hiroshima y Nagasaki, en tan solo una fracción de segundo, y en todos los muertos por guerras; pero, fue una reflexión fugaz, porque no quería pensar en lo que pudiese haber provocado esas muertes, en dimensiones superiores, como para que se proyectaran en la suya. ¡Pensar en eso, era como comprar un boleto de entrada al mismísimo manicomio!

Sacudió su cabeza con energía, y llenó otra copa; luego, se concentró en el bulto traído por Brandon colorín, obedeciendo a una repentina sensación de ansiedad, semejante a la padecida por el encargado de marketing cuando sabe que su nuevo producto estrella es demasiado común. Hizo un gesto hacia él, y terminó de vaciar su copa.

—Bebes demasiado...

—El bulto...

—¡Ah, sí! El bulto... Se trata de un anulador de fase-alfa de rango amplio, que incorpora un rastreador de estela gama serie “Mercury”: un prototipo, pero funciona bien.

—¿Trae el manual?

—¡Por supuesto!

—¿A qué clase de “Brandon” se supone que debo darle la bienvenida?

—A uno de un grupo de sectores bien complejos... ¡Te darás cuenta cuando se manifieste!

—Mientras no haga volar la ciudad entera, ¡estaré “agradecido”!

—No lo hará. Sabes que no lo hará... ¡Bueno!—exclamó, intercambiando la pipa por su arma—. Solo me resta desearte suerte: ¡atrápalo, comp!

Y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Puga dejó su vaso vacío en la mesita de centro, cogió la pipa, y tras examinarla un rato, la devolvió a su sitio.

Acercó el bulto a la luz de la sala de estar, y lo abrió. De él emergió un aparato tan intrincado, como ridículo; tanto, como su arma láser “de juguete”. ¡Cualquiera que los viese, pensaría que Puga es un importador de juguetes chinos!

Examinó el interior de la caja, y encontró un túmulo de hojas. “El manual”, pensó. Se abanicó con él (olía a azahar), y lo lanzó sobre la mesa. Luego, examinó la habitación, y no encontró un lugar seguro donde instalarlo. Pensó en su propia habitación, pero ahí ya casi no quedaba espacio ni para colocar una cafetera.

Decidió dejar esa decisión para otro día. Ya estaba cansado, muy cansado, pero no de su actual trabajo. Pensó en su cama, se imaginó recostado sobre aquella, con la mirada fija en el techo agrietado por el último terremoto, y titubeó, porque el nuevo “Brandon” podría aparecer en cualquier momento, y no le convenía dejar las cosas ni siquiera para mañana.

Se entregó a la tarea de instalar el dichoso “anulador de lo que sea”, donde se le vino en gana, y a leer el también dichoso manual de operaciones. Tras un par de minutos de palabrería técnica, observando los comentarios “neutros” a puño y letra de Brandon colorín, dio un fuerte resoplido, y se fue por otro trago, esta vez, a cuatro dedos.

Solo había una pregunta en su mente, arrogándose la estupidez planetaria sobre sí mismo por no haberla hecho cuando tuvo la ocasión de hacerla.